

ENCUESTA: EL ESTATUTO DE LAS CIENCIAS HUMANAS HOY

SURVEY: THE STATUS OF THE HUMANITIES TODAY

Jerónimo Ledesma
Universidad de Buenos Aires
jledesma@uba.ar

Mariano Alejandro Vilar
Conicet
Universidad de Buenos Aires
mavilar@uba.ar

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Humanidades
Ciencias sociales
Políticas científicas
Financiamiento de la ciencia

En el marco de la política anticientífica del mileísmo, que ha hecho foco en los ataques públicos a las ciencias humanas y sociales, se ha realizado la primera edición de una encuesta a investigadorxs en humanidades cuyos resultados se sintetizan en este artículo y se despliegan en el siguiente. El objetivo de la encuesta no ha sido meramente responder a los ataques sino recuperar y encuadrar posicionamientos fundados sobre temas que interpelan a nuestras prácticas: el estatuto social de la disciplina, la necesidad de financiamiento estatal, los criterios de relevancia y las estrategias para fortalecer su reconocimiento. Sostenemos que el ejercicio de vigilancia epistémica, a que las humanidades están acostumbradas, debe ser redoblado en estas circunstancias. Las respuestas evidencian tensiones en torno a la utilidad del conocimiento en humanidades, la relación entre ciencia y mercado, y la importancia del Estado como garante de una producción científica soberana e independiente, atenta a la producción de bienes públicos. Coincidentemente, encuentran en las humanidades un modelo de construcción de saber contrapuesto a lógica de la inmediatez y el aplicacionismo, pero no por eso desprovisto de utilidad. De la encuesta emerge el postulado de que las humanidades financiadas por el Estado cumplen un rol fundamental en la construcción de alternativas para la comprensión crítica de la realidad y el tratamiento de temas complejos que afectan a los ciudadanos argentinos.



∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Humanities
Social sciences
Science policy
Science funding

In the context of the anti-scientific policies of Milei's government, which focused on public attacks against the Humanities and social sciences, we conducted the first edition of a survey targeting researchers in the Humanities. The results are summarized in this article and further elaborated in the following one. The aim of the survey was not merely to respond to these attacks but to recover and frame well-founded positions on issues that challenge our practices: the social status of the discipline, the need for state funding, criteria for relevance, and strategies to strengthen its recognition. We argue that the epistemic awareness to which the Humanities are accustomed must be intensified under these circumstances. The responses reveal tensions surrounding the utility of knowledge in the Humanities, the relationship between science and market, and the importance of the State as a guarantor of sovereign and independent scientific production, attentive to the creation of public goods. Consistently, they identify in the Humanities a model of knowledge construction that opposes the logic of immediacy and utilitarianism, yet is not devoid of utility. The survey underscores the postulate that State-funded Humanities play a fundamental role in building alternatives for the critical understanding of reality and addressing complex issues affecting Argentine citizens.

Presentación

El contexto inmediato para la investigación científica de gestión estatal en Argentina es conocido por todos. 2024 fue el primer año de gobierno de Javier Milei, un político advenedizo que llegó al poder en 2023 prometiendo a los gritos una feroz reducción del gasto público y del sistema científico en particular, cuestionando el rol de la educación, glorificando la propiedad privada y el valor de mercado y extremando los mecanismos polémicos que ya habían sido usados por el macrismo en 2015-2019 y el bolsonarismo en Brasil —y que ahora Trump vuelve a implementar en USA—, para desautorizar a sus adversarios.¹ A lo largo de 2024 estas promesas se transformaron en una política, que no es más, a fin de cuentas, que un avatar del guión privatista de la derecha plutocrática internacional. Sus líneas principales, en materia científica, pueden resumirse en tres términos clave: “desmantelamiento”, “transferencia de recursos”, “desinformación”. Las acciones de esta política también son conocidas: incluyen el cierre de un ministerio, el vaciamiento de diversos organismos, el desfinanciamiento sostenido, la no aplicación de la [Ley de Financiamiento del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación n° 27.614](#), la subejecución de fondos para compra de equipamiento y obras de infraestructura, varias olas de despidos de personal, que se suman al

¹ Ya en 2016 Ezequiel Adamovsky publicó en *Revista Mu* de lavaca.org una excelente nota en que compila una serie de argumentos contra los ataques a las ciencias humanas y sociales de ese entonces. El sentimiento de *déjà vu* que produce la nota revela la continuidad entre las operaciones de ese contexto y el presente, así como las diferencias en cuanto a su alcance y mecanismos. <https://lavaca.org/notas/lo-que-dejo-el-debate-por-el-rol-del-conicet-para-que-sirva-financiar-investigaciones-en-ciencias-sociales/>.

continuo hostigamiento, la postergación de plazos en las convocatorias, la suspensión de programas de subsidio, la demora indefinida en altas de nuevos investigadorxs en el Conicet.

Una parte fundamental de esta política fue la violenta campaña contra la investigación, dirigida desde el propio poder ejecutivo y en alianza con los medios de comunicación. El foco de los ataques ha sido, previsiblemente, la supuesta falta de utilidad y de relevancia de ciertas investigaciones en ciencias humanas y sociales, la presunta desconexión de toda la ciencia de las necesidades de lxs ciudadanxs y el incumplimiento de una neutralidad que no ingenuamente atribuyen al saber científico lxs mismxs que lo utilizan de manera interesada. Esta misma campaña ha incluido escraches, violencia física y simbólica y distintas estrategias de desinformación. Un procedimiento predilecto, adecuado al estado memético del discurso público, ha sido el de caricaturizar las investigaciones para desacreditar todo el sistema. A partir de un *scroll* por títulos de *papers*, se ubicaba alguno con resonancias infantiles, enigmáticas o controversiales en el imaginario público para concluir que eso no era ni investigación ni trabajo, sino una variante del acto de “currar” o una actividad meramente ideológica, de las que ahora llaman “*woke*”. Estas operaciones no han sido realizadas por meros *trolls*: el presidente, la vicepresidenta, el vocero presidencial, el Secretario de la cartera de Ciencia y Tecnología, el Jefe de Gabinete, entre otros funcionarios, las han protagonizado en sus discursos y publicaciones, que luego se transformaron en lugares comunes de la prensa y memes de las plataformas.

En este contexto decidimos publicar una encuesta sobre el estatuto de las humanidades en la sección “Debates” de *Exlibris*. No la concebimos como mera reacción a los ataques de la agenda anticientífica. Desde luego, toma ese contexto como resonancia, pero se propone abrir preguntas que, con o sin Milei, son válidas y relevantes. Y que lo son no solamente para prácticas e instituciones del campo educativo o científico, sino para todas. Preguntar por los fines de las prácticas, interrogarse por las condiciones del presente, trabajar para que nuestra especie no sucumba a sus pulsiones autodestructivas son misiones de las humanidades. Escribimos esto en el momento exacto en que Google retira la prohibición de usar sus desarrollos de IA para fines militares o de vigilancia.

La encuesta

La encuesta apunta a obtener, de parte de nuestros investigadorxs, perspectivas y opiniones sobre el estatuto social de la investigación en humanidades, las relaciones de dicha investigación con la actualidad, la necesidad de que sea financiada por el Estado, la cuestión de los temas estratégicos de investigación y las vías que pueden emplearse para aumentar su visibilidad y reconocimiento. Deliberadamente, las preguntas que formulamos se hacen eco de discusiones e impugnaciones en los medios, y adoptan términos y fraseos que es posible leer en redes, y que han sido forjados mayormente por quienes parten de una posición opositora a la investigación pública en ciencias humanas y sociales. Esta fue una decisión deliberada con el objeto de establecer un marco de reflexión dialógico, que diera lugar a la violencia que el poder político impone a quienes trabajamos en el ámbito estatal.

Se invitó a 20 investigadorxs, fundamentalmente de la disciplina de las Letras de nuestra Facultad (honrando la identidad de la revista) y en general con responsabilidad de gestión y con amplio conocimiento del trabajo específico que implica investigar en humanidades. Se invitó también a investigadorxs que proceden o residen en el extranjero, y a algunxs profesionales de la filosofía.

Respondió un número mayoritario de invitadxs (13 en total). Los resultados que publicamos constituyen una primera edición de la encuesta, ajustada al espacio y el sentido de la sección “Debates”. Nuestra intención es, en el futuro, ampliar el universo de personas consultadas en nuevas ediciones de la encuesta.

En lo que sigue ofrecemos breves comentarios que recogen las preguntas, explicitan sus presupuestos y subrayan convergencias y diferencias en las respuestas.

El primer punto incluía dos preguntas: “¿Podés identificar y describir algunos aportes específicos de las ciencias humanas a la sociedad actual? ¿Por qué considerás que estos aportes son valiosos?” En general, lxs encuestadxs encontraron estas preguntas desafiantes, incluso difíciles de contestar, tanto porque los aportes de las humanidades no les parecen directos o inmediatos, ni tan específicos, como porque la palabra misma “aportes” involucra supuestos utilitaristas. De hecho, una coincidencia entre las respuestas fue que el aporte de las humanidades y su valor deben buscarse en el desarrollo de competencias para la toma de distancia crítica, para el ejercicio de la abstracción, para las acciones de comprensión e historización que requiere siempre el pensamiento sobre el mundo. Todas estas nociones apuntan a concebir el saber de las humanidades, y en particular su método y relación con los materiales de estudio, como un modelo epistemológico específico. Sus disciplinas aportarían un modo de pensamiento diferente al de la pura facticidad, la inmediatez y el aplicacionismo. Esta perspectiva invita a resignificar las nociones de utilidad, eficacia y aplicación en un sentido menos restrictivo. Se propone que esta diferencia que introducen las humanidades es vital para la imaginación de futuros y para poder comprender la complejidad. Por las identidades profesionales de lxs encuestadxs, previsiblemente, esta capacidad apareció mayor aunque no exclusivamente vinculada al uso, el aprendizaje y el estudio del lenguaje y la literatura. Uno de los encuestadxs se refirió a la importancia de una educación en humanidades con el concepto de “alfabetización”, que hoy debería encararse con un horizonte que vaya más allá de incrementar el número total de personas con capacidades básicas de lectura y escritura y tome en cuenta el nuevo panorama dominado por la cultura digital.

La segunda pregunta está en estrecha continuidad con la anterior e igualmente vinculada con el tema de la “relevancia” del saber académico, esta vez por sus relaciones con la actualidad: “¿Cómo describirías la relación de tu trabajo con el conocimiento actual y los problemas contemporáneos?” Para subdisciplinas o investigaciones que trabajan con el pasado, o con problemas propios de los objetos culturales, esta pregunta contiene una exigencia incómoda. Cabe destacar la coincidencia en que el estudio de materiales culturales, desde la distancia crítica que supone historizarlos, analizarlos y modelizarlos, habilita formas de comprensión solo disponibles en estas disciplinas y sus materiales. Por parte de quienes proceden del campo filosófico, el estudio de los conceptos, sean o no actuales, permite aproximarse mejor a los problemas contemporáneos; quienes realizan investigaciones literarias encuentran en los textos configuraciones singulares sobre la vida cotidiana y sus perplejidades, que permiten diseñar preguntas sobre las acciones humanas; quienes estudian materiales históricos postulan relaciones de comprensión entre el presente y el pasado mediadas por la construcción de modelos de análisis (“El pasado no explica el presente, pero ayuda a comprender algunos de sus problemas, y de sus derivas”); en el estudio del lenguaje se encuentran relaciones con aspectos tan sustantivos de la sociedad como la interacción comunicativa, las desigualdades y la formación de identidades. Sin embargo, hay diferencias en el modo en que se concibe la forma en que la investigación recoge (o debe recoger) la demanda de lo contemporáneo. Mientras que algunos

no creen en la obligación de tematizar los problemas contemporáneos, otros piensan esa articulación desde el primer momento.

El punto tercero introduce la candente cuestión del financiamiento: “¿Cuáles son los argumentos que respaldan la necesidad de que la investigación en ciencias humanas sea financiada por el Estado? ¿Podés describir cómo la falta de financiamiento afecta la calidad y el alcance de los proyectos de investigación en tu área específica?” Estas preguntas, están hechas, como las otras, a partir de una resonancia pública, y tienen, en su misma formulación, el eco de quienes militan para quitarle a la investigación en ciencias humanas y sociales el estatuto de trabajo. No tratándose de una actividad *amateur* sino de una profesión reconocida socialmente, con su historia, su lógica y su sistema de reglas, ¿cómo y por qué pensar, en primer lugar, que podría no requerir financiamiento, que no deberían procurarse las condiciones materiales para hacerla posible? Varias de las respuestas lo observan cuando señalan que se requiere financiamiento para tener insumos y equipos de investigación, para formar a lxs jóvenxs, para publicar resultados, para organizar reuniones de discusión, para pagar servicios técnicos y, lo más importante, para disponer de tiempo de trabajo en tareas exigentes. Es decir, no hay investigación posible, que honre el método, la puesta a prueba, los debates colectivos, sin condiciones materiales que la posibiliten. Esto se ve en las consecuencias negativas que está teniendo el desfinanciamiento y que promueve la fuga de cerebros y el abandono de la investigación como práctica. En cuanto a que sea el Estado quien financia, las respuestas tienden a coincidir en que la investigación científica en general es un deber del Estado porque se orienta a producir beneficios de distinto tipo para el conjunto de la ciudadanía, como bienes comunes y públicos. Y esa financiación debe ser de la investigación concebida como un sistema de áreas que dialogan entre sí, y no de esta o aquella disciplina. En cuanto a las humanidades, se retoman varias de las líneas de las respuestas previas, pero sobre todo se enfatiza el hecho de que muchas investigaciones quedan comprendidas en las ciencias básicas, esto es, no aplicadas, de modo que su financiamiento no puede decidirse por criterios de productividad económica directa. “El estudio público del mundo -como un modo de su cuidado y de su transmisión- no subsistiría si se lo somete a una regulación por el mercado”, se lee. Hay coincidencia en que los intereses de mercado no pueden definir la agenda de investigación nacional porque no contemplan el bien común, sino intereses particulares. Por el contrario, se ve al Estado como el garante de lo que llaman “soberanía epistémica” e “independencia intelectual”, esto es, soberanía, justamente, para configurar teorías propias y temas de investigación situados, relevantes, y no dejarlos atados a las agendas de otras naciones con mayor financiamiento o a los imperativos de valorización económica de la industria cultural.

En el cuarto punto se introdujo una cuestión indudablemente compleja: “¿Qué temas estratégicos considerás prioritarios para la financiación estatal en ciencias humanas? ¿Quién creés que debería tomar las decisiones sobre estos temas?”. Estas dos preguntas reenfocan el problema de la relevancia en articulación con las políticas de financiamiento. La noción de tema estratégico supone que es posible encontrar una lista de temas o problemas, traducibles en investigaciones, con mayor relevancia para un grupo de interés, que en el caso del estado debe ser el interés nacional. Las respuestas de lxs encuestadxs variaron significativamente. Señalan el peligro de “las modas” y sus ciclos arbitrarios e inconducentes, advierten sobre la confusión entre estratégico y coyuntural, pero también plantean temas puntuales de impacto social, como la crisis ambiental, las derivas autoritarias que amenazan las democracias o los desarrollos de la inteligencia artificial; también están los que plantean que la única solución virtuosa es una combinación de temas “estratégicos” y “generales”

como la que existe en el presente en Conicet y otros organismos. En general, señalan que la decisión debe venir de la comunidad científica.

La última pregunta, “¿Cómo podríamos mejorar el reconocimiento y la valoración de las ciencias humanas?”, encuentra una respuesta casi unánime entre lxs encuestadxs: la necesidad de desarrollar estrategias efectivas de divulgación y de fortalecer vínculos tanto con otras instituciones académicas como con la sociedad civil en su conjunto. Esto implica, en algunos casos, asumir un compromiso activo con la discusión pública, aportando la perspectiva crítica y reflexiva que surge de nuestro recorrido disciplinar. Sin embargo, la tarea no se agota en la mera participación; también requiere repensar cómo comunicamos el valor de nuestras prácticas y cómo las vinculamos con problemáticas concretas que interpelan a la ciudadanía. Además, algunos de lxs encuestadxs enfatizan aspectos complementarios, como la importancia de confiar en nuestras propias prácticas como profesionales de las humanidades y ciencias sociales, reconociendo su relevancia intrínseca más allá de los parámetros utilitaristas que suelen imponerse desde otros ámbitos. En este sentido, se destaca la necesidad de consolidarnos como productores y articuladores de un saber en nuestra lengua, resistiendo las lógicas del imperialismo lingüístico anglosajón que, en muchos casos, condicionan no solo las formas de producción del conocimiento, sino también su circulación y legitimación. En definitiva, mejorar el reconocimiento de las ciencias humanas exige tanto una proyección hacia afuera, en diálogo con la sociedad, como una reflexión hacia adentro, sobre los valores y los horizontes que definen nuestro trabajo.

Conclusión

Esta breve encuesta es necesariamente parcial, pero incluso así nos permite ver acuerdos y desacuerdos, al igual que diferencias en el énfasis con que se plantea cada posición y objetivo. Nos encontramos, en todos los casos, con personas que están convencidas de la importancia de lo que hacen y que no escapan a la responsabilidad de pensar su rol, a pesar de la violencia que, asimétricamente, el propio Estado les dirige. Para concluir la presentación, agregamos algunas notas propias en consonancia con la encuesta.

Las humanidades y las ciencias sociales son áreas del saber que, lejos de la jactancia doctrinaria, continuamente se interrogan por el sentido y la finalidad de las prácticas, incluyendo las propias. Quienes acusan a este campo de dogmatismo y pensamiento único solo proyectan su propia cerrazón intelectual e inseguridad frente a la posibilidad del cuestionamiento. La continuidad de un escenario que se articula a partir de una “batalla cultural” orquestada de forma sistemática desde el poder político no debe anular la interrogación por las prácticas que nos definen, sino todo lo contrario, porque estamos en un escenario en que se milita por la anulación de la lucidez epistémica y la limitación de la autonomía de las personas. Sabemos que no se trata solo de un ataque contra el pensamiento científico o la investigación en ciencias sociales y humanas sino de un sistemático intento de quitarle autoridad a sus métodos de producción de conocimiento para reemplazarlos por meros dispositivos de producción de creencias. El avance mundial de los negacionismos se apoya en esta circunstancia.

En un contexto donde la libertad de la producción intelectual es constantemente cuestionada, se acusa al campo científico de generar un conocimiento no neutral, sino atravesado por orientaciones que entran en conflicto con quienes buscan instrumentalizar la ciencia y la cultura en

función de sus propios intereses. En otras palabras, se nos imputa producir un saber que contradice tanto la supuesta objetividad científica (un concepto debatido hasta el cansancio, pero aún arraigado en la *doxa* sobre la ciencia) como la ideología de los gobiernos ajustadores, que exigen que la inversión estatal en investigación, y en especial en cultura, refuerce y legitime sus valores, a los que presentan como expresión genuina de la voluntad popular.

Las humanidades, con todas sus tensiones, siguen promoviendo la posibilidad de construir un mundo donde la reflexión, el diálogo y la búsqueda del conocimiento no sean lujos de élite, sino fundamentos democráticos. Las potencias que buscan desafiar nuestra existencia son hoy profundamente antidemocráticas incluso si llegaron al poder mediante el voto popular, porque sus formas de intervenir sobre el discurso público niegan la diversidad de perspectivas y el respeto por las diferentes formas de pensar y de vivir. A las ciencias humanas y sociales les toca desarticular las narrativas que asocian la salida de una crisis económica con la destrucción de los lazos sociales y de la diversidad cultural, así como también con un neocolonialismo extractivista que se disfraza de nacionalista reinterpretando ideológicamente nuestra historia.

El desfinanciamiento del sistema científico y las universidades no constituye, probablemente, la medida más grave implementada por el gobierno libertario, pero se inscribe dentro de una lógica orientada a debilitar aquellos espacios que podrían albergar formas de pensamiento resistentes al sometimiento de la vida política y social. Frente a esta situación, las humanidades tienen la capacidad de cuestionar las narrativas dominantes, ya sea exponiendo sus inconsistencias o proponiendo alternativas más sólidas y coherentes. Además, la reflexión crítica y la creatividad propias de estas disciplinas pueden funcionar como herramientas para fortalecer los lazos sociales, revitalizar la democracia y explorar modelos de organización más justos y equitativos. En ese sentido, las humanidades son una apuesta por la vida pensada y vivida en común.